



# La casa del dolor ajeno

JULIÁN HERBERT

Ángela Ramos González | Club Internacional de Lectura y Pensamiento | Curso 2018/2019

## Sinopsis

*“A principios del siglo XX, con el mito de modernidad y progreso en el centro del discurso porfirista, un hecho cimbró la historia de México: entre el 13 y el 15 de mayo de 1911, alrededor de 300 chinos -cerca de la mitad de la colonia cantonesa de La Laguna- fueron masacrados por tropas revolucionarias y ciudadanos de Torreón.*

*Se trata de la más grande matanza de chinos en América, un exterminio cargado de falso remordimiento y sinofobia ejemplar. Más de un siglo después, sigue siendo equívoco y escaso el reconocimiento de los hechos en los anales de la historia nacional y regional. Con ánimo de desahogo e intentar ver los hechos a contraluz de la violencia contemporánea, Julián Herbert ofrece al lector un potente relato que supera la sola descripción de la calamidad. A través de un ojo literario, charlas con taxistas e historiadores, los viajes del autor al escenario del suceso y a los archivos que resguardan testimonios al respecto, *La casa del dolor ajeno* es una obra audaz que ahonda en una de las principales preocupaciones estéticas de Herbert: poner en entredicho las fronteras entre los géneros literarios. Obra mestiza que bebe lo mismo de la narrativa que del reportaje, la crónica gonzo, el ensayo y la academia, esta versión del "pequeño genocidio" es, más que una búsqueda de la verdad histórica, un intento por restituir dignidad a un grupo de migrantes.”*



### JULIÁN HERBERT

El poeta, músico y narrador nació en Acapulco en 1971. Este profesor y promotor de la cultura mexicana ganó en 2011 el Premio Jaén de Novela con *Canción de tumba*, y un año después el Premio Elena Poniatowska. Pero Herbert ya venía cosechando varios premios como Nacional de Literatura Gilberto Owen (2003), el Nacional de Cuento Juan José Arreola (2006) o el – también de cuento- Agustín Yáñez (2008); entre otros.

Tiene publicaciones en todos los géneros y también ha sido coordinador y editor de antologías. Cuando se habla de Julián Herbert es necesario hablar, aunque sea de forma sucinta, de su infancia; elemento clave en su obra. De niño vivió de forma

“Una buena historia no puede escribirse con buenos modales”

errante por las tierras mexicanas con su madre, quien murió de leucemia en 2008. La novela *Canción de tumba* es una elegía a la muerte de “una vieja y agonizante prostituta”. Fue

“Mi infancia son recuerdos de un patio de Frontera  
Y Olivia Newton-John  
Cantando Xanadú.

Que cada quien contemple el paisaje que le toca”

*El lugar donde se fríen espárragos*

ella quien le cultivó su gusto por la lectura y la literatura y que llevará a Herbert a ser un firme defensor de la necesidad de leer.

Estudió Literatura española en la Universidad Autónoma de Coahuila, estado donde reside desde 1989. Se estrenó en 1993 con un conjunto de cuentos, *Soldados muertos* y; antes de aventurarse con la narrativa larga, se decantó por la poesía. Además, es miembro del Taller de la Caballeriza ([www.caballeriza.blogspot.com](http://www.caballeriza.blogspot.com)), colectivo de arte interdisciplinario y dirige su propio blog, YONKE.

La música es una circunstancia relevante en su vida, ya que ha sido miembro de las bandas de rock Los Tigres de Borges y Madrastras (en la que fue vocalista).

## La casa del dolor ajeno

Esta obra de Herbert no es una novela, aunque su lenguaje evocador y su inmensa capacidad descriptiva puedan dar señales de lo contrario. *La casa del dolor ajeno* es una crónica, esto es, un género periodístico con unas características determinadas. El DRAE, en sus acepciones sexta y séptima, define la crónica como:

- ❑ 6. f. Narración histórica en que se sigue el orden consecutivo de los acontecimientos.
- ❑ 7. f. Artículo periodístico o información radiofónica o televisiva sobre temas de actualidad.

Sin embargo, en este relato los tiempos saltan y todo se muestra a modo de *flashbacks* y prolepsis, con cierta continuidad en los hechos meramente históricos. Además de estas acepciones, las otras cuatro pueden resultar muy interesantes para facilitar un acercamiento a *La casa del dolor ajeno*.

“Enfermedad de larga duración, dicho de una dolencia habitual, dicho de un vicio,  
que viene del tiempo atrás”

¿No es, acaso, el relato que presenta Herbert la descripción de una ciudad (Torreón) que amasa una larga enfermedad, un vicio xenofóbico y una dolencia que va destruyéndola desde hace décadas?

El narrador (espectador y duende al modo de Larra) lleva al lector a través de su búsqueda de una verdad molesta que muchos quieren olvidar y que ha pasado a la tradición histórica como una patraña o una verdad a medias. Parece que los autores hispanoamericanos gustan de vestir a la realidad más sórdida y ajena al resto del mundo con los trajes de la crónica literaria. No por nada algunos de los mejores periodistas se criaron en la escuela de la escritura, como Gabriel García Márquez. Literatura (¿es siempre la literatura ficción?) y periodismo (¿acaso no hay realidades que superan a los productos más horripilantes de la imaginación?) se mezclan para dar a luz a este tipo de híbridos.

No obstante, la verdadera protagonista de esta historia no es la población china asesinada; ni siquiera los mexicanos que habitan esta zona, sino la CIUDAD en sí misma.

El propósito de Herbert al escribir esta obra es, como menciona sobre esta lectura, “retratar la realidad y no sistematizar el discurso historiográfico”.

## Torreón: la ciudad como protagonista

Resulta verdaderamente llamativo cómo es el escenario el que deja de ser un mero telón de fondo para tomar el papel protagonista. Las descripciones de las edades de Torreón permiten no solo conocer la historia de la ciudad como tal, sino también aportar una mirada distinta al conflicto. Desde su creación casi por casualidad a su posterior crecimiento exponencial hasta arribar al rango de ciudad como tal, Torreón (“Desde su nombre, Torreón fue una ciudad fundada en el lenguaje de la violencia y nadie podría afirmar que las metáforas violentas le hayan sido nunca extrañas”) es vendida a la miseria y al retroceso por el odio al diferente. No a un extranjero cualquiera, ya que se pensaba

poblar aquel territorio con europeos, sino con una población completamente radical a la autóctona y a la deseada: la asiática.

Dado que Torreón es el elemento principal en torno al que gira el relato de Herbert, vamos a adentrarnos en ella (porque su nombre es de mujer). ¿Cómo define Herbert a Torreón? Es una “Utopía pragmática”, una ciudad “profundamente porfirista que ama la revolución con ardor de quinceañera” de donde proviene su aura sublime, un espacio artificial que en vez de venas tiene rieles y máquinas de ferrocarril, que oculta a sus cadáveres bajo el asfalto...

Esta ciudad con vida tras las cámaras se presenta al narrador en una suerte de píldoras, como un tesoro que poco a poco hay que ir desenterrando. Resulta curioso como la población china da el nombre de Tsai Yüan (Jardín de las Verduras) a Torreón; título que se aleja mucho del sentido bélico y que demuestra una dulzura y apego especial por el territorio que habitaban.

Una ciudad en la que se da el diálogo entre lo antiguo y lo nuevo, donde arquitectura no responde a un período histórico concreto; sino que parece haber sufrido un desajuste temporal. En el 2014, año de redacción de Julián Herbert, el autor presenta a esa “nueva” Torreón como un lugar en el que, en un domingo de junio, “los peatones sudan la gota gorda, tráfico y cláxones, comercios”. Un Torreón que parece haberse deshecho

- “El Torreón que Daniel imagina es una ciudad formada no solo por casas sino también por máquinas y rieles: la vida cotidiana transcurre sobre ruedas de ferrocarril. Tanto la presidencia municipal como otros recintos públicos son vagones, no edificios. (...) Medio Torreón es expulsado sobre ruedas de Torreón y solo de este modo la urbe y los presidiarios mutuamente se redimen.”
- “Porque Torreón es una novia acelerada, una mujer que fuma piedra mientras coge de perrito hasta desollarse las rodillas (...), ¿cómo catalizar la pasión sexual de una cultura que añora la violencia si no es partiéndole la madre a un bato de otro barrio antes de metérsela quizás a su mujer?”
- “Torreón posee una potentísima vida popular y una sexualidad casi tropical que florecieron en el desierto a punta de *spaghetti western* y cachondeo de cumbia; pero es también una sociedad que prefiere conservar sus esqueletos en el clóset”.
- “Quizá don Porfirio empezaba a notar que Torreón, la niña de sus ojos, la prueba fehaciente de que la política del régimen científico era capaz de hacer milagros urbanos, lo había traicionado. Ahora era un reducto de la subversión”.

de un (mal llamado desde mi punto de vista) *pequeño* genocidio y al que ha condenado al olvido; quizá la peor muerte de todas.

Para conocer esta vida, no solo nos nutrimos de los ojos de Herbert, sino de las voces, en especial, de los taxistas. Como si fueran los Carontes de esta ciudad en constante estado de descomposición, conducen al buscador de verdades por las calles de Torreón. No por nada varios de los capítulos llevan por nombre Taxi. Estos hombres son los portadores de la materia vital de la que se alimenta Torreón: los recuerdos. Algunos falseados, otros inconexos, otros truncados; pero la matanza es el ruido de fondo tras el traqueteo de las ruedas.

## Los chinos: el colectivo silenciado que solo quería vivir

La población china viene presentada, casi en su totalidad, por el reflejo en la mirada de los otros (mexicanos). ¿De dónde proviene ese rechazo? No es tanto un odio a los chinos como tal como una repulsión hacia el Otro (el otro que siempre viene en grupo, nunca como individuo). El discurso antichino mama de estereotipos y de ideas tan manidas como que son ellos los que nos quitan el trabajo, son ellos los causantes de la crisis, etc. Esto es, se convierten en los chivos expiatorios de todos los pecados que los propios causantes no quieren reconocer.

Puig se refiere a ellos como: “torturadores, polígamos, enemigos del progreso, idólatras y supersticiosos, propensos al infanticidio de las hembras, incapaces de navegar mar adentro y jugadores empedernidos”. Son “sucios, incultos y arrogantes”. La maldad vive en ellos e impermeables (a la religión católica).

Lo que en origen podía ser una sarta de insultos de algunos sectores a unas personas en concreto, con un nicho económico los medios se hicieron eco de una aversión profunda que se tradujo en vituperios, agresiones, creación de clubes antichinos y –en última instancia- el genocidio.

El origen de la sinofobia no está en Torreón, sino que viene arrastrándose desde que empezó la diáspora china (la “raza inferior”) y que se cobró 18 vidas en octubre de 1871; lo que demuestra que, una vez legitimada la violencia contra un grupo, no hay vuelta atrás. Esto tuvo su apogeo en California en 1882 con el Acta de Expulsión. En

esta se exponía a los chinos como una “amenaza contra la clase obrera, la civilización, la libertad, la democracia, la salud e incluso la felicidad”. Herbert argumenta, con toda razón, que dichas justificaciones se han repetido a lo largo de los siglos en diversas culturas; y habla de un fracaso retórico del que nadie sale.

¿Qué ocurrió en México? La sinofobia se expandió de forma similar a EEUU. Primero comenzó un antichinismo intelectual y burgués más o menos fantasioso que pronto fue respaldado por los gobiernos provinciales hasta calar de lleno en las clases populares.

Poco a poco, y de forma bastante evidente, las sátiras contra los asiáticos empezaron a hacerse insoportables, como la representación jocosa de un *pogrom* por Slavoj Žižek, que dictamina que para que la sátira sea “elegante y maligna” era pertinente alentar un “odio gimnástico” en contra de los chinos. Pero, ¿cómo se explica este proceso de *deshumanización*? Para Herbert, la violencia hay que desnaturalizarla hasta hacerla ley; entonces podrá germinar este odio nacional

Como sostiene, este antichinismo no se inició con la matanza de Torreón ni acabó con ella; sino que esta supuso una especie de “permiso simbólico de transgresión”:

“Cualquier vejación contra los cantoneses tenía un antecedente histórico que no solo justificaba sino que exculpaba la nueva atrocidad. (..) Así es como funciona la economía de la crueldad. (...) Cuando la ciencia se pone al servicio del odio”

Antes se ha mencionado que en la definición de “crónica” aparece el término enfermedad. La matanza de Torreón ilustra cómo los mexicanos veían en los chinos a una plaga, por tanto, que hay que exterminar (de la misma forma que se erradica una enfermedad).

Estas gentes que vinieron casi de casualidad a buscar un futuro mejor, con la seguridad de que no iba a resultar sencillo (las diferencias entre lenguas y culturas, insalvables) y que; aun así, lograron hacer de una pequeña villa una gran ciudad:

“Debió de ser hermoso: todos esos hombres solos con sus ropas peculiares y sus largas coletas participando –junto al look de jornaleros de sombreros gigantescos y

cowboys internacionales y profesionistas de levita- en la erección de una ciudad que tenía un poco de filme de Sam Peckinpah y otro poco de la Torre de Babel”

Pero en 1910, el 15 de septiembre, la “verdadera humanidad” salió a campar por Torreón. Al grito de “¡Mueran los chinos!” se apedrearon establecimientos asiáticos; y poco después se desataría el antecedente de la “Noche de los cuchillos largos”. Se desató un caza de brujas en la que los hombres dejaron de ser hombres para transmutarse en bestias sedientas de sangre verde (billetes, la llaman) y en seres sádicos que gozaban en aquel baño de vidas ausentes que no se habían defendido

*“LOS ESPECTROS DE 303 CHINOS QUE RECORREN –  
CON LOS PIES DESNUDOS, QUEMADOS POR EL  
ASFALTO- LAS CALLES DE UNA CIUDAD QUE NO LOS  
CONOCE”.*

¿Qué hizo el Gobierno al respecto? El discurso negacionista pasó a ser el de que los chinos habían atentado contra el “Ejército Libertador de la República”; para lo cual se tuvieron solo en cuenta las declaraciones de los soldados partícipes y borró de la faz de Torreón cualquier testimonio contrario. La postura política se convirtió en verdad histórica: los maderistas y Villa tuvieron la culpa.

La respuesta de China fue pedir una indemnización por pérdidas materiales y humanas de 60 millones de pesos mexicanos en oro. Pero para los mexicanos, los chinos no valían nada (“merecen morir como ratas porque cocinan ratas, (...) su existencia tiene un precio exiguo, (...) la vida de un chino no vale lo mismo que la de un mexicano puesto que no usa trenza” –el recurso de la trenza es continuo-). Después de mucho pelear, la indemnización -que jamás llegó a pagarse- pasó de ser *obligatoria* a presentarse a los mexicanos con un carácter *gracioso*.

“Tras la negación, la calumnia, el ninguneo, el menosprecio y la vedad a medias se sumó la traición de la palabra empeñada. La indemnización jamás se pagó”



Ese dolor y (¿por qué no?) rabia se enquistó en los chinos supervivientes como Manuel Lee, al que Herbert entrevista al final de la obra, quien recuerda las campañas antichinas en las que lo obligaban a pelearse con su hermano (en verdad ellos *hacían que se pegaban*) al cántico de “*Chino cambú cambá, come flijoleh y no noh da*”. Juegos malévolos infantiles a los que la cultura china responde sin ofensa, en SILENCIO.

Para cerrar el episodio de este colectivo, se quiere destacar una escena concreta. Hay un momento de la obra en la que se menciona un suicidio colectivo de chinos en Matachín (Panamá), en 1854. La depresión se asentó en los jornaleros (cuyas esperanzas de ahorrar para enviar dinero a sus familias se vieron erradicadas) y el dueño tuvo la *feliz* idea de animarles añadiendo opio a su ración de comida. Aquello fue el fin de 415 chinos que decidieron poner fin a su miserable vida creando un bosque de ahorcados cercano a la estación y arrojándose envueltos en un “velo de opio” a las olas del mar.

## Conclusiones y otros temas interesantes de análisis

Torreón, años después, no perdió su talante, pero sí la inocencia tras ser sometida a tres violaciones (por los ejércitos de Pancho Villa). La comunidad china volvió a poblar el Jardín de las Verduras sin que fuera ya lo mismo. Si bien hemos hablado de la comunidad china en boca de otros, de su propia voz no oímos casi nada. El SILENCIO y, con ello, el lenguaje y el poder del lenguaje. Sobre esto autores como Orwell (periodista y narrador de ficciones no tan ficcionadas) ya abordaron cómo el lenguaje puede ser transformado por el poder para confeccionar una nueva verdad a su servicio (Ignorancia es poder, el poder es la verdad). La memoria silenciada (lo que no se recuerda no existe) provoca, como se refiere Herbert, una “ilusión esquizoide” que termina por derivar en la “legalización subrepticia del caos”.

Para completar este análisis querría incidir en el formato cíclico que tiene la crónica, que empieza y cierra con las mismas palabras y que permite viajar al lector por el mismo sendero y las mismas sensaciones del autor (“Me repetí de memoria el primer párrafo de esta crónica de un pequeño genocidio en La Laguna”). Después de haber revivido los retratos de decenas de personajes que marcaron una muesca en la Historia de Torreón, a nosotros también nos cuestan despedirnos de una historia que en origen iba

a ser un ensayo de 20 páginas. Este “océano quemado en medio de la niebla” en el que el monstruo somos nosotros, los llamados “seres humanos”, se puede resumir en la siguiente imagen final:

“Esto es un *western*. Esta es la casa del dolor ajeno (ese campo de fútbol santificado por las palizas). Tomados de la mano, Mónica, Leonardo y yo cruzamos ese día no una ciudad (...): el puente del horror, México, le llaman”

Una postrera petición. La lectura del poema con el que se cierra la crónica, SILENCIO

## Bibliografía

- Aguilar, Rubén. “La casa del dolor ajeno”, *Lo que quiso decir* (EL Plumaje, ANIMAL POLÍTICO), 26/02/16 [En línea] Disponible en: <https://www.animalpolitico.com/blogueros-lo-que-quiso-decir/2016/02/26/la-casa-del-dolor-ajeno/>
- Baixeras, Ricardo. “Julián Herbert: el tema y sus variaciones”, *El Periódico*, 15/05/2018 [En línea] Disponible en: <https://www.elperiodico.com/es/ocio-y-cultura/20180515/julian-herbert-cabeza-quntin-tarantino-6819752>
- De Llano, Pablo. “Nos faltan 303”, *EL País*, 11/10/15 [En línea] Disponible en: [https://elpais.com/cultura/2015/10/10/actualidad/1444497498\\_794082.html](https://elpais.com/cultura/2015/10/10/actualidad/1444497498_794082.html)
- EFE, “El escritor Julián Herbert recuerda la vida de su madre prostituta en nuevo libro”, *EFE Espectáculos*, 28/11/11 [En línea] Disponible en: <https://www.emol.com/noticias/magazine/2011/11/28/514695/el-escritor-julian-herbert-recuerda-la-vida-de-su-madre-prostituta-en-nuevo-libro.html>
- Pavón, Laura. “Esto es un *western*”, *Revista de libros*, 18/07/16 [En línea] Disponible en: <https://www.revistadelibros.com/resenas/resena-la-casa-del-dolor-ajeno-de-julian-herbert>
- Suau, Nadal. “La casa del dolor ajeno. Julián Herbert”, *El Cultural*, 08/07/16 [EN línea] Disponible en: <https://m.elcultural.com/revista/letras/La-casa-del-dolor-ajeno/38339>
- Valdés, Carlos Manuel. “Una historia con mancha: La casa del dolor ajeno, de Julián Herbert”, *Istor: revista de Historia internacional*, 2015, n° 63, pg 180-184

- YONKE, blog de Julián Herbert